

NEGRO CHIQUITO
RECUERDOS INOLVIDABLES

AUTORES

GERARDO DE LA LLERA
DOMÍNGUEZ

ANA MARGARITA ESTÉVEZ LEÓN

“NEGRO CHIQUITO”
RECUERDOS INOLVIDABLES

INDICE

PRÓLOGO-----	3
EL MONSTRUO DE LA LAGUNA DEL ARROZ-----	5
EL CIRCO “LA ROSA”-----	7
EL TESORO-----	10
LA CORTE SUPREMA-----	12
LA ÓPERA-----	15
EL RODEO-----	18
LOS PERROS AZULES-----	20
EL BESO-----	23
ESTOMATOLOGÍA-----	25
EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO----	27

PRÓLOGO

Los escritos sobre historias, relatos, cuentos y otras expresiones de la referencia del paso del ser humano por la tierra, surgen siempre a punto de partida de la vivencia de momentos que han sido transmitidas de persona a persona, de cosas que se escuchan y que la imaginación se encarga de transformar, hipertrofiar, edulcorar y en algunos casos inventar, hasta que alguien escribe, para que con esta acción se perpetúe y sirva a su vez de una nueva chispa que encienda la permanente producción de la mayor virtud del universo que es el pensamiento humano.

Los autores, Gerardo de la Llera Domínguez y Ana Margarita Estévez León, crearon y escribieron las historias de este libro de cuentos, en conjunto, evocando el recuerdo de un personaje que existió en la realidad en una región del Camagüey, provincia oriental de nuestra Cuba y que en forma positiva marcaron los años de la niñez de Ana. Fue tan singular la forma en que habló de la existencia de este paradigma de su infancia, que las siguientes palabras de este prólogo son escritas por ellas.

“A pesar de mi corta edad, montaba muy bien a caballo y me gustaba todo lo referente a las labores del campo, de hecho siempre andaba con mi abuelo en estos trajines y el pobre tenía que estar contento conmigo pues era su única nieta de esa edad. Las demás eran mayores, estudiando fuera de la ciudad y como dice el refrán, a falta de pan, casabe. El me enseñaba todo lo referente a cultivos varios, ganado y claro, todo esto bajo la no aprobación de mi abuela, y el rotundo no de mis padres. Pero ni él ni yo nos dábamos por enterados aunque a veces molestaban los comentarios, que si mi cabello estaba descuidado, que si mis manos estaban siempre sucias, que si la ropa era no adecuada, que si ya usaba lenguaje de adulto y que si mi presencia dejaba mucho que desear. Que hacia falta enviarme para la ciudad de Camaguey con mi tía para la escuela de las Teresianas, en fin esto o lo otro. Nosotros sólo nos mirábamos y yo en espera siempre de las respuestas cómicas y muy acertadas de nuestra única cómplice, mi bisabuela, madre de mi abuela y en aquel entonces tenía 90 años, pero que a pesar de esa edad, era quien manejaba, económica y socialmente la vida de todos en casa Su expresión era: “como lo dije y es así. Punto”...

Los trabajadores colindantes a la casona, que era como en aquel entonces le llamaban a la finca, se daban a la tarea de enseñarme mucho más de lo que estaba al alcance de una niña, pues tenía 6 años solamente. Para mi no había mas placer que el río, los inmensos árboles, recoger guayaba, cortar, pelar y comer caña e ir al Central a ver una buena molienda. Y para que contar de los rodeos, que era mi punto débil, las peleas de gallos y doma de caballos.

Cerca de la finca, había una comunidad de jamaicanos y es allí donde estaba Mister Wilson, muy carismático y un verdadero Caballero. Se ocupaba de todo lo concerniente a la casa, era algo así como el brazo derecho del abuelo, gran conocedor de la floricultura y hablaba muy bien el inglés, que era su lengua natal. El vio nacer a mi padre, mi tías y así en sucesión, mis primos y a mi. Tengo entendido que sirvió de comadrona en un parto de una de las hermanas de mi padre.

Yo le tenía gran cariño y luego del almuerzo me contaba muchas anécdotas de su país, unas verdaderas y otras de su imaginación. Todos nosotros le decíamos “Negro chiquito”, quizás

por el hecho de que contradictoriamente medía cerca de 2 m. de estatura. Wilson era parte de la familia y aún me parece verlo, con su machete a la cintura, de donde también colgaba un pequeño jarro de peltres, con asa, que usaba para tomar café u otro líquido cualquiera. En su hamaca debajo del tamarindo, dormitaba aparentemente, pues al menor ruido o al zumbido de una mosca, como decimos en el campo, estaba en pie de guerra.

“Que caraj... ni que niño *muelto* ¡yo no *crea* en aparecio”. Esta peculiar forma de hablar, nunca la olvidé y ¡mira que han pasado años! Quisiera ser exacta sobre como ocurrieron los hechos pero la verdad, nunca he querido por pena y dolor. Es sólo en estos momentos que me animo a hacerlo, pues su imagen de tanto que se ha esforzado, ha ganado el derecho de su presencia en el presente. A veces pienso si las anécdotas que nos relataba se las creía como ciertas, se las imaginaba, las había escuchado o simplemente las inventaba, a saber con qué sano propósito.”

Así hablaba esta dama y así mencionaba tal o más cual hecho, provocando que creciesen alas de la imaginación y se tejiesen los relatos que a continuación se refieren, las cuales por tanto son todos de ficción, surgidos de la personalidad de aquel hombre con una sensibilidad y ternura mucho mayor que su enorme corpachón. Sirva pues este pequeño libro, como homenaje a “Negro Chiquito”

Gerardo de la Llera Domínguez

Ana Margarita Estévez León

EL MONSTRUO DE LA LAGUNA DEL ARROZ

Recuerdo una anécdota, que tenía la propiedad de despertar en mí tal pavor que cuando la pensaba, trabajo me costaba conciliar el sueño a tal punto que una vez al no estar mis abuelos en casa, tomé mis almohadas y ni corta ni perezosa, me fui esa noche a dormir a la caseta del perro Atila. Era mi primera huida, con un casi extraño que “le mostraba su agresiva dentadura a cualquier extraño”. Lo que es la inocencia caballeros, pues nunca más he repetido la experiencia de un cuadrúpedo. Eso me impresionó tanto, que desde ese momento reafirme mi feminidad con los bípedos.

Comenzaba describiendo un lugar de la finca, que por la distancia en que se hallaba, era poco frecuentado. Se trataba de una zona inmersa en una tupida vegetación que daba la impresión de ser una apacible laguna, más sin embargo su fondo no profundo, era cenagoso. Nos hablaba “Negro chiquito” de ese paraje, con cierto misterio, que provocaba en nosotros la tensión escalofriante de lo desconocido. Refería que por alguna ignota razón algo había maldecido el lugar al punto de que nadie se atrevía a acercarse pues aunque no existía ningún tipo de evidencia, ya que no se podía decir que había sido observado, se decía que sobre todo, en el atardecer, solía hacer su aparición una extraña criatura de gran tamaño, con la mitad del cuerpo conformada por la figura de un ser humano y la otra, que resultaba la superior, la de un sapo. Además él señalaba, que eso les sucedía a los niños, que no obedecían a sus padres y que cuando alguien coincidía con este monstruo, al visitar la maldita laguna era apresado y trasladado a las profundidades del pantano. Era así que, nos insistía en que jamás podíamos ni acercarnos a ese lugar, so pena de desaparecer tragados.

Mi bisabuela, a pesar de ser nuestra única cómplice, era una mujer de gran temple y de armas a tomar, lo que demostró durante la contienda de nuestra guerra de liberación del 26 de julio, cuando ayudó a los rebeldes a su paso por la provincia. Ese día, se encontraba haciendo pulpa de tamarindo, para consumo de la familia, cuando llegué yo a su lado y le hice, toda asustada, la historia que me acababa de relatar “Negro chiquito”. Me preguntó quién me había dicho tantas mentiras, a lo que yo, hasta cierto punto confusa, le revelé el origen. Entonces toda enfurecida, me dijo que estas pulpas espesas, las estaba haciendo para “meterlas en la gran boca de ese mentiroso, a ver si así se dejaba de aterrorizar y hablar tanta cáscara de piña”

Pasaron varios meses y un día mi abuelo, comenzó a preguntar e indagar sobre una chiva, que era una mascota de la casa y llevaba por nombre Nina. Normalmente se encontraba en el patio o dentro de la vivienda, pero hacía ya dos días había desaparecido. Nadie daba razón de ella, a pesar de que alguna que otra vez estaba atada con una cuerda, asida a una pequeña estaca. No había quedado nada, ni chiva ni cuerda ni poste. La dieron por perdida.

En una ocasión y con motivo de tener que realizar una inspección detallada de la propiedad, hubo necesidad de visitar hasta los más recónditos lugares, incluyendo la laguna pantanosa. Cuando allí hubo llegado la comitiva, la sorpresa fue, que pudieron observar una cuerda atada a un poste que se había atascado a las plantas de enredaderas de la orilla y el otro extremo de la cuerda se introducía en la laguna. A todas luces, la chiva extraviada, se había hundido en el pantano. ¿No podía haber sucedido esto a uno de los niños de la casa? ¿Cuál

era el propósito del relato de “Negro chiquito? No me quedó más remedio que recordar lo dicho por mi bisabuela y pensé:

¿Le habrá sabido bien la pulpa de tamarindo? ¿Le habrá sabido a injusticia?

EL CIRCO “LA ROSA”

“Yo toda la vida quise una bicicleta y en aquel entonces era la novedad. Siempre decía lo mismo, “si ustedes ahora tienen un Willy, por qué ¿yo no voy a tener mi añorada bici? Pero en casa todo lo que una pedía había que ganárselo. Ese era el problema y debía esperar tranquilamente mi tarea. Mi bisabuela decía que todo en la vida estaba lleno de sacrificio y entonces, aguanta el sermón. Yo seguía con el asuntillo, hasta que un día enfermé de amigdalitis, cosa frecuente en mí, ya que mi salud dejaba mucho que desear. Quizás por eso vivía en el campo, ya que según mis padres, el aire era mas puro. Puede ser que nunca fuese un problema de corrientes sino de genes. Por vivir allí tuve cuantas enfermedades terminaban en itis , ejemplo de ellos, la hepatitis que no era de la época, pero yo la puse en moda de forma tal que fue el debut en aquella zona, además, rubéola, sarampión , paperas y esta ultima, con mi collar de higuieretas recordando a Jane y Tarzán. Y donde dejar a mi madre, que era otra enfermedad, pobrecita, siempre venia de urgencia, aunque fuera una simple gripe. Yo guardaba reposo de voz y masticaba hojas de guayaba. ¡Noooooooooooo!, que amargo era eso, me recogía la boca y me ponía los dientes verdes, ¡ah! y ¿donde dejar las friegas de alcohol antipirético en las articulaciones para bajar la fiebres? Si algún profesional de la salud leyera estos relatos, verá cuan eficaz eran los tratamientos de aquella época, sólo que más tarde cuando tenía 15 años tuvieron que operarme de amigdalitis

El doctor del pueblo, que ahora, la verdad no recuerdo su nombre, pero si su físico. Bajito, de andar lento, con un “mocho” de tabaco que no se quitaba nunca de la boca, ojos azules pequeñísimos y lo interesante del caso es que también cuando había partos en casa, de las vacas de raza, el asistía como veterinario. No pongo en duda su profesionalidad pero la verdad es que ya yo conocía el tratamiento: penicilina. ¡Ay mi madre!, ¿quien me mandaría a mi a andar descalza aquel día del primer aguacero de mayo?, o seria de la limpieza de piojo que me dio “Negro chiquito” con un menjurje de hojas de tabaco mascada. ¡Mira que mi abuela le dijo que era tarde!, en fin que la culpa era de alguien y ese todos sabemos que era el totí.

Escuché a mis padres que habían llegado del Camagüey, también la pregunta de mi madre, ¿donde esta, que tiene ahora?, la infortunadita de mi hija y yo entrecerré los ojos y fui feliz de esa lástima, que sentían por mi, es una pena de conversación, por no haber podido grabarla. La estaría poniendo ahora, para ver si me daba impulsos, para hacerle la fuerza al Lada de mi papá, que no usa y que creo que mi hermano, que no se enfermó nunca y que no vivió los tiempos del cólera en la casona, ahora maneja campante y sonante. La vida, carajo, con sus altas y bajas, bueno no voy apartarme de mi relato, si no, no llego al próximo cuento, aunque quisiera que no encontraran la goma de repuesto, quisiera que no arrancara como hace ahora por las mañanas y hasta quisiera, que se yo, ¡que se lo robaran, vaya!. Pero en esta ocasión, me dije, “esta me la puso Dios” y con ojos llorosos y entornados, suspiré por mi “bici”. .Era martes, creo yo y mi abuelo, a instancias de mis enternecidos padres, envió a “Negro chiquito” al pueblo con el único encargo de ver lo de la bici. Lo vi salir, pero no llegar”.

En esos días, al pueblo, llegó un circo, pero ni piensen que era como los de ahora El circo Nacional, el Circo Soviético o el de China que tanto gusta a los niños y a los mayorcitos, ¡no que va!, pero era una forma de diversión en los pueblos de campo. Era de esos que

recorrían el País, en busca del sustento, con muy pocos recursos. Montaban una carpa destartada con remiendos por todos lados, en algún solar yermo de los que abundaban en los barrios y dentro ponían sillas de tijera tan desvencijadas que ponían en peligro las sentaderas, sobre todo de las damas algo exageradas en esas zonas particulares de la anatomía.

Los animales de exhibición y actuación, generalmente eran dos o tres perros sapos amaestrados, un león viejo y sin dientes que ya no deseaba ni abrir la boca y que según dicen, era vegetariano, uno o dos monos, que sabían más de lo que les habían enseñado y además se daban el lujo de tener un elefante. La *troupe*, se componía de pocas personas, que fungían tanto como artistas, maestro de ceremonias, payasos o “tarugos”, que así se les llamaba a aquellas personas encargadas de los trabajos manuales de montar, desmontar, dar atención a todo lo necesario para preparar los números de las funciones, así como atender a los animales. En este conglomerado, no podía faltar la bailarina o “rumbera”, que generalmente se trataba de una muchacha joven y agraciada, quien al compás de una estridente y atonal “rumba”, tocada por las mismas personas componentes de la *troupe*, con una paila y una trompeta desafinada, entretenían al público en el intermedio de la función. Este grupo, generalmente eran familia. ¡Es de admirar el gran esfuerzo que realizaban estos verdaderos artistas de pueblo, que gracias a ellos se mantenía vigente el arte circense en nuestro País! Muchos artistas de renombre mundial salieron de esos modestos y esforzados espectáculos.

El circo era una novedad, cuando llegaba a los barrios y los muchachos, corrían para ver y hablar con los artistas, ofreciéndose para ayudar a levantar la carpa, dar de beber agua a los animales y hacer alguna que otra tarea más, con lo que recibían en ocasiones una entrada para la función de esa noche. De lo contrario, si no disponían de los 20 centavos que costaba la entrada, se tenían que “colar” por debajo de la carpa. La Rosa fue el circo que tuvo la temporada más corta de los que pasó por esa zona, aunque el más revolucionario, porque terminó a planazo por la guardia rural el primer día de función, pues había un imitador, que decía “salud, salud”, con la bamba estirada como Fulgencio Batista dictador vendido a los yanquis. Puede que este artista, esté ya muerto pero bien que se podría contratar ahora para que imite al Presidente de los Estados Unidos, en las múltiples ocasiones en que ha cometido las estupideces que todos conocemos.

Al fin se vio aparecer en el camino, la figura inconfundible y corpulenta de “Negro chiquito”, sólo que se observaba dando tumbos y traspiés, con los brazos extendidos hacia arriba y lados en acción de ir “pegando papeletas” y por supuesto no traía con él bicicleta alguna. Venía tarareando “don’t know why, there’s no sun upon the sky”, la conocida canción norteamericana “Stormy wether”. Mi bisabuela, se acercó a la cerca que limitaba el área de la casona, a esperarlo, de suerte que cuando estaba a una distancia de casi tres metros, el olor a alambique era ya insoportable. “¡Tremenda juma!, dijo mi bisabuela y acto seguido le preguntó “¿¿Donde coño tu estabas metido, que traes esa fuesa asquerosa?!. “Niño chiquito” casi sin poder pararse y con la lengua tropelosa, que hacía muy difícil entender lo que trataba de decir, comenzó a articular palabras,”Yo *estar* casi artista del circo. Ellos *llamar* a mi para trabajar”. Mi bisabuela, que tenía malas pulgas y poca paciencia, le dijo, “Tú lo que eres un tarugo. ¿Y la bicicleta de la niña, donde está? ¡Seguro

que te bebiste el dinero y por eso traes esa borrachera de mierda! ¡Mira, vete de mi vista y no te aparezcas más por aquí!”

Yo permanecía en cama, pero al escuchar tal algarabía, con esfuerzo, me asomé a la ventana en el momento en que pude observar a “Negro chiquito”, que tambaleante se alejaba. Sentí una gran pena y remordimiento, pues pensaba que todo había sido por la dichosa bicicleta. Sentí deseos de correr tras él y pedirle perdón, pero en las condiciones en que me encontraba, no fue posible.

Mi abuela, quien sentía gran simpatía por ese pedazo de pan con ojos, todos los días le llevaba la comida hasta el rancho donde él vivía, en medio del monte, pero nunca podía verlo, pues él de la vergüenza, se escondía. Un día, temprano en la mañana, sentí algo que golpeó mi ventana, que se adivinaba, había sido una piedra lanzada, por lo que de inmediato me asomé y pude observar en el patio de la casa un pequeño potro alazán, atado a la baranda de la casona. Bajé y enredada en la crin del animal, había un papel que decía con una letra casi ininteligible “Niña, *este estar* mejor que *bisi*, *su name es* Conserva” Mi alegría, no tuvo límites, pero aún sufría por la prohibición de que era objeto mi amigo. Traté de verlo, pero fue imposible, pues cuando alguien de la casa se acercaba, “agarraba el monte”.

Pasó cosa de una semana y en una ocasión en que después de comida, sentados en la sala a la luz de una pequeña bombilla alimentada por una plantita que era el medio de iluminación allí, mi bisabuela, comentó con mi abuelo, “¡Tú sabes lo que es que ese “Negro chiquito”, se haya bebido el dinero que le diste para comprar la bicicleta de la niña y se haya aparecido aquí con ese potro. Mi abuelo, al escuchar esto, contestó .”¿Qué dinero? Yo no le di dinero ninguno, pues sólo le dije que fuera a ver el problema de la bicicleta y nada más. Como pasó lo que pasó, dejé las cosas así y no me ocupé más”. Al escuchar esto, mi bisabuela dijo, “Pero..., entonces, no se cogió ningún dinero. Y ¿Dónde se emborrachó y por qué no dijo nada?”.

Al día siguiente mi bisabuela, se montó en la “guarandinga” y se fue a ver a “Negro chiquito”. Cuando estaba llegando, lo vio salir corriendo para esconderse en el monte y le gritó ¡Oye, zángano, no te escondas, que te voy a buscar donde quiera que te metas!” se detuvo y mi bisabuela llegó a él, le tomó las manos y empujándose le dio un beso en la frente diciéndole, “Perdóname”. Inmediatamente, secándose una lágrima que rodaba por su mejilla, le dijo “¡Ahora dime pedazo de animal, ¿Por qué no dijiste nada y cómo habías agarrado esa borrachera?” “Negro chiquito”, se quedó pensando y dijo “De la bicicleta yo *no estar a remember* y la *juma*, *ser que yo estar artista del circo* y *they brindar a myself*” La bisabuela lo miró y le dijo riendo, “Tú lo que eres un tarugo”

EL TESORO

Llegaban las lluvias. Esto era bueno para la agricultura, pero no para mí. Eran días oscuros, tristes y no podíamos salir, aunque yo tenía todo lo necesario para una escapada, desde capa hasta unas botas de agua que me habían traído de regalo unos amigos de abuelo. Sólo quedaba la gratisima compañía de la abuela, la bisabuela Asunción y por las tardes la de “Negro chiquito” y si digo “gratisima” es porque aquí no había historias, sólo trabajo pues tenía que limpiar o bien los frijoles o el arroz o ayudar en la casa a lo que se le ocurriera .o a mirar fotos antiquísimas de mis tatarabuelos. Sin embargo, el noble jamaicano, no se podía sustraer a relatar historias.

“Granpadre, ta decir me que ser gran rey y ta decir su tesoro ser enterrado aquí” Así me hablaba “Negro chiquito” ese día del mes de mayo, expresando que su abuelo en su País era un gran rey y le había confesado que el gran tesoro del que era poseedor, lo había enterrado en esta finca. Seguía diciendo que si lo encontraba me regalaría los maravillosos collares de oro y perlas legítimas que eran parte de esa fortuna y así de esa forma grandilocuente, a todas luces, producto de su fértil imaginación, describía algo que era más maravilloso que las minas del Rey Salomón. Yo en mi mente infantil, creía todo aquello y ya me veía con todas esas prendas ofrecidas. Hasta me hacía ilusiones de estar sentada en un trono. A esto contribuía, la gran corona de plumas que me fabricaba “Negro chiquito”, con las cortadas a los gallos finos preparados en la finca para las peleas de los domingos. Pero la cosa no paraba allí, pues como yo hablaba toda esa basura con el resto de los muchachos de los alrededores, se fue acumulando un verdadero ejército de adolescentes, para escuchar las “bolas” que metía el jamaicano quien era ya célebre en el central, por sus cuentos y “medidas de pata”.

Todos los días inventaba una patraña nueva, acerca del famoso tesoro, de forma que todos estábamos impacientes por saber donde estaba enterrada esa fortuna, pero el decía que para saberlo, por las noches, usando “poderes mágicos y pócimas sagradas”, hablaba con sus ancestros, pero que aún no había podido saber exactamente donde se encontraba. Entonces, habló con toda la “recua” de muchachos que estaban pendientes de ese problema y que ya sumaban como 10, para todos los días reunirse en un punto determinado de la finca, donde él suponía que se encontraba el entierro, hasta saber a ciencia cierta el lugar, que le sería confiado por su abuelo el rey. *“Too mundo, buscar pala y pico”*, decía, para comenzar las excavaciones. A los dos días de esta reunión matutina, un día dijo *“¡Ya ta saber, dale pa terreno al lao de cayo monte y méte pico y pala!* Más tardó en decir esto, que la tropa de muchachos salió como un bólido para el lugar señalado y cada uno empezó la labor de excavación. El jamaicano, les gritaba, *“no meta jondo, que está ribita”* Y así, cuando cada muchacho hacía un pequeño hoyo en la tierra, “Negro chiquito”, le decía *“sigue lao”*, refiriendo que dejara ese hueco y que siguiera al lado. Así pasó una semana y no encontraban nada. Ya todos estábamos cansados y al ver que nada salía, comenzamos a reclamar, pero él decía *“Ya tá cerquita”*

Mi bisabuela estaba observando todo desde el principio y milagrosamente, no había dicho nada. Un día, me llamó a mi con mucho misterio y me dijo “No digas nada, pero ese cayuco no sabe un carajo de lo que está diciendo y no sabe donde está ese tesoro, pero yo si lo sé” Miró a lo lejos y señaló un sitio donde se perdía la mirada y me dijo “Allá en aquel

cerrito, hay una Ceiba que debe ser tan vieja que estaba allí cuando Colón vino. Pues bien, a cinco pasos, tumbando hacia donde se pone el sol, hay que hacer un hueco como de medio metro y llegar hondo hasta la cintura de un hombre y allí hay una caja de madera, con el tesoro” Yo me quedé sorprendida y con la boca abierta le pregunté a mi bisabuela que como era posible que ella supiera eso, si el que hablaba con el abuelo rey era “Negro chiquito”. “¿y tú le crees toda la bazofia que habla ese tarugo? Ese ni habla con sus antepasados ni la cabeza de un pato. Yo estoy segura que cuando llega a su rancho, se despeltra en la hamaca y no da de sí hasta el otro día. Los poderes mágicos que dice que tiene, no se lo cree ni él mismo. Todo eso es un cuento que les está metiendo, aunque yo no sé la razón, pero lo voy a averiguar. Yo si hablo con esas gentes cada vez que me da la gana y de ahí es que se lo del enterramiento”. Me quedé pensando en eso todo el día y la noche. Por la mañana, tuve deseos de partir para el lugar que me había dicho la bisabuela, pero era muy lejos y la tarea era demasiado para mi sola, así es que decidí decirle todo a “Negro chiquito”, quien después de escuchar el relato, agarró un pico y una pala y partió raudo y veloz para el lugar, sin dar chance a que “la muchachada”, que ya estábamos reunidos igual que siempre, lo acompañásemos. Ese día no hicimos nada y nos fuimos a “empinar chiringas” por ahí. Pensando poco después, me pude percatar de que al yo decirle lo que mi bisabuela decía, fue él, quien creyó todo.

Ya cayendo la tarde, mi bisabuela, estaba sentada en el portal, “dándose sillón”, cuando vio a lo lejos la figura corpulenta y algo desgarbada de “Negro chiquito”, que venía del cerrito que estaba a lo lejos. Se podía notar que caminaba cansado y con trabajo, arrastrando el pico y la pala que había llevado. Cuando ya estaba cerca, mi bisabuela, le dijo “Oye, ¿de donde vienes tan hecho leña?” El interpelado, nada dijo y sólo la miró, pero se podía adivinar lo que le decía en aquella mirada. Siguió su camino, arrimó los utensilios de excavación que había llevado y se marchó a su rancho. No quise preguntar nada, pues mi bisabuela me había dicho que guardara el secreto, pero a la mañana siguiente, en cuanto se acercó, lo esperé para preguntarle de si había encontrado algo. Me miró y sólo asentía con la cabeza, pero no pronunciaba palabra. Esto se repitió varias veces y siempre enmudecía, hasta que se decidió y me mostró un papel, que decía en idioma inglés: “!Don´t be such a socker. Can´t you see that there is not such a burried treasure and the only treasure of a man is his work? Think about it and you will see that you already found it “(No seas tan imbecil, ¿no te das cuenta de que no hay tal tesoro enterrado y el único tesoro del hombre es su trabajo? Piensa en eso y verás que ya lo encontraste) “*Yo ta no entiende. Yo tá no entiende*” Se acercó entonces mi bisabuela, quien había escuchado toda la conversación y le dijo. “Mira cabeza de chorlito, quien mandó a poner ese mensaje en la caja de madera que encontraste enterrada al lado de la Ceiba, fui yo y lo hice para que también sudaras la camisa, porque el trabajo ya lo habían hecho los muchachos. Ven acá coño, que te voy a enseñar” Lo tomó por un brazo y lo llevó hasta el terreno donde habíamos estado haciendo hoyos y más hoyos. Cuando nos paramos frente al mismo, nos percatamos que ya era un terreno desbrozado. ¡Había un trabajo realizado! ¡Ese era el tesoro!

LA CORTE SUPREMA

Cada día a la misma hora, se reunía la familia alrededor del antiguo aparato de radio, para escuchar el popular programa “La Corte Suprema del Arte”, que era dirigido y animado por José Antonio Alonso. Yo creo que en Cuba en esa época quien tuviese un radioreceptor, escuchaba el programa. Si, porque no todos podían hacerlo, en unos casos por no disponer de los recursos monetarios suficientes, ya que los equipos no eran nada baratos y en la población que vivía en el campo, la miseria se paseaba libremente, visitando casa por casa. Además la electricidad no llegaba a todas partes y ¿qué casualidad?, era precisamente al campo donde no arribaba el precioso fluido. ¡Pobres “guajiros”, que históricamente tuvieron que sufrir, desde la despiadada reconcentración de Weyler, hasta esta situación de miseria extrema! ¡Menos mal que llegó enero del 1959 y el triunfo de la Revolución, le cambió la cara a la vida, que comenzó a mostrar la escondida sonrisa. En este programa, se presentaban miles de aficionados al arte, a fin de demostrar sus cualidades y competir por los premios que se daban, como forma de tratar de insertarse en el mundo del arte, por supuesto si ganaban. Muchos afamados artistas nuestros surgieron de ese concurso. Llegó a tener tanta popularidad esta actividad y por supuesto sus animadores, que cuando José Antonio Alonso y Xiomara Fernández, artista y actuante también en la conducción del programa, se casaron, la boda, a la que acudió una multitud de pueblo, se celebró en la Catedral de la Ciudad. Era impresionante observar la Plaza de la Catedral, llena de público que ovacionó al recién constituido matrimonio.

Volviendo al popular programa, en el mismo, se presentaban los aficionados, quienes se habían inscrito previamente y allí les preguntaban su nombre y generales. Siempre venía la pregunta ¿Qué va a cantar? Decía el título de la obra y la orquesta atacaba la partitura, dando inicio. A veces el concursante era tan poco musical, que no lograba comenzar a tiempo, lo que a todas luces se podía apreciar, pues ya no se acoplaba a lo que se tocaba, otras lograba acoplarse, pero era tan desafinado que resultaba algo horroroso y en otras en alguna parte de la pieza, “soltaba un gallo”. Lo cierto es que ante cualquiera de estas situaciones de inmediato los jueces designados, hacían sonar una campana, que ponía final a la actuación y daba paso al siguiente concursante. Este procedimiento, puso de moda la expresión “le tocaron la campana”, que se aplicaba en la vida diaria a situaciones donde se quería expresar que algo finalizaba.

En la casona de la finca, tenían la suerte y posibilidad de contar con una “plantita” que suministraba, durante parte de la noche electricidad y por supuesto la suministraba para escuchar el programa más popular de Cuba de esa época. Toda la familia, se reunía al lado del radioreceptor a esa hora y se hacía silencio. “Negro chiquito”, que ya era parte de la familia, también lo hacía, aunque desde la parte externa de la casa, apoyado en el marco de la ventana. Creo que la idea de ir al programa a probar suerte y habilidades le rondaba permanentemente la mente, pero no pasaba de sólo pensar, pues ni siquiera había ido jamás ni al Camagüey. El único viaje que había realizado, fue cuando lo trajeron de Jamaica, siendo un niño. Siempre decía “Yo ta ganá si canta radio. Yo tá improvisa good”.

Era tanto lo que gustaba el programa, que quizás a fin de reunir la familia alguno que otro domingo, el abuelo inventó, hacer en la casa un programa parecido, que lo llamó igualmente la Corte Suprema del Arte de la Casona. Así, invitaba a los familiares y vecinos

que vivían en las cercanías, con el objetivo de que cada cual de acuerdo a sus posibilidades, cantase algo o si lo deseaba recitase. Igual que en el programa de radio original, si lo hacía mal, el propio abuelo sonaba un silbato, para terminar la actuación. El acompañamiento musical se hacía con un piano al que le faltaba una tecla, tocado de oído por la tía. A veces se usaban claves, güiro, bongó y filarmónica que eran ejecutados por “el burrucho”, Juan “el ñato”, que tenía una nariz que le hubiese hecho la competencia a Cyrano de Bergerac, Pancho “el mocho”, pues le faltaban tres dedos y “Negro chiquito”, que reproducía el sonido de una armónica, usando un peine envuelto con un papel, pues la filarmónica real, había desaparecido durante un ciclón que azotó la zona.

Un día la abuela, a quien le gustaba recitar y presumía de que lo hacía muy bien, dijo que ella también iba a participar y manifestó, mirando en forma insistente: “Yo voy a ver si alguien se atreve a tocarme el pito”, refiriéndose a los silbatos que propinaba el abuelo, que en eso era extremadamente exigente, al punto de que nadie que se recuerde había llegado al final. Llegó el día y estando todo preparado, comenzó la sesión de “La Corte Suprema del Arte de la Casona”, La primera concursante fue la hija de Crispín, una niña de 10 años, preciosa, con bucles rubios que le caían sobre los hombros y de lindos ojos azules, que atacó la canción “Estrellita”. Todo iba muy bien, hasta que llegó el momento de dar la nota aguda, en que abrió la boca, pero no salía ningún sonido y así se quedó un breve tiempo, mientras los ojos se llenaban de lágrimas y sonaba el implacable silbato. La niña en realidad tenía buena voz y después hizo una bella carrera como cantante de tangos Le siguió en el turno Demetrio, quien presumía de tener una potente voz de tenor, a pesar de que nadie nunca lo había escuchado cantar una canción, pero de que tenía buena voz, si era seguro, porque arreando los bueyes le metía cada gritos a las bestias, que ¡para que decir!: ¡Coge el trillo Margarito!, que no hay dudas de que se escuchaba muy fuerte y lo hacía muy bien, cosa que no sabe hacer todo el mundo. Arrear bueyes, que parece algo grotesco, también tiene su arte, que está en peligro de extinción También pienso que este trabajo, causa al ejecutante tremenda satisfacción cuando se ha hecho bien, al igual que una obra musical. Demetrio comenzó a cantar la famosa pieza de María Greeber “Júrame” y en efecto aquella voz, aunque blanca y sin impostación, sonaba bien, hasta que llegó la parte de “quíereme hasta la locura”, donde la u se da en agudo, que creo que es un la bemol y el “gallo” que soltó sonó en toda la estancia. El silbato no se hizo esperar. Y tocó el turno a la abuela, que recitaría “El duelo de la cañada”, de Federico García Lorca, pero como no se lo sabía muy bien, tuvo que leerlo. Se inició el sonido del piano con una música suave sirviendo de acompañamiento comenzando a recitar el poema, dando entonación grandilocuente, pero entre el aire que le faltaba por , el nerviosismo y las letras que eran muy pequeñas, se demoraba a veces demasiado en las pausas, debiendo en ocasiones, reiniciar una frase. El abuelo tenía bien presente la advertencia hecha sobre el silbato y por supuesto, no lo tocaba. En una de esas pausas, no se sabe ni se sabrá el porque, o si fue espontáneo, pero de momento, “Negro chiquito”, que se encontraba ese día, al lado de los concursantes, aunque sin tocar la improvisada armónica, con una estentórea voz, entonó la décima:

SIGUE LA RIMA CON RIMA

SIGUE LA RIMA RIMANDO

YO LO HAGO MEJOR QUE TU

PORQUE ESTOY IMPROVISANDO

El silencio fue sepulcral, el silbato del abuelo ausente y todos se miraban. A la abuela se le puso la cara roja como la grana, del insulto que agarró. Miraba al abuelo, quien se quedó petrificado y miraba al jamaicano, quien sonriente parecía no darse cuenta de lo que había hecho.

Después de finalizada la actividad de cada día, se hacía un almuerzo de frijoles negros, puerco asado en puya y postre que era siempre a base de mermeladas de guayaba y otros dulces caseros, que preparaban cada uno y las traían, para todos. La abuela, llena de ira, acertó a coger un puñado de mermelada y lo tiró a “Negro chiquito”, diciendo “¡Chúpate ésta, para que no seas tan bamba de trapo! El dulce fue a dar directo a los pies de Petra, salpicando a los que estaban a su alrededor y allí mismo se formó. Aquello terminó como la fiesta del Guatao y a partir de ese momento, se acabó “La Corte Suprema del Arte de la Casona” Se acabó todo, y quedo solamente como reuniones familiares uno que otro sábado.

Pero, si alguien piensa que no se le sacó provecho a la crisis de histeria de la abuela se equivocó ¿se dijo que no almorzó nadie? Error, pues “Negro chiquito”, cuando escucho el primer estruendo de los asistentes recogiendo en los platos lo que podían, imaginó el fin. Tenía el sombrero sujeto al pecho con las manos, por lo que lo volteó y allí recogió todo lo que pudo. Cuando estuvo lleno, se retiró tranquilamente hasta su rancho, donde se lo comió todo. Fue tal la “hartera”, que las diarreas lo tuvieron la noche entera en el excusado.

LA ÓPERA

Parece que desde temprano, nuestro héroe tenía inquietudes artísticas, pues siempre durante las faenas que realizaba, se le escuchaba cantando, lo que hacía en inglés. Tenía tal y como iba de acuerdo con su corpachón, voz que a todas luces era de bajo profundo, aunque claro, era un vozarrón no educado, pero era un vozarrón, A él le gustaba mucho ir cantando “Old Man River”, la célebre tonada norteamericana, que evoca la población negra estadounidense del sur

En una ocasión llegó a la ciudad de “los tinajones”, una compañía de ópera y “Negro chiquito”, que se enteró, averiguó que eso se trataba de canto. Con la afición que sentía por esa manifestación expresiva de los humanos, se hizo el firme propósito de asistir. Se consiguió una chaqueta prestada, que como es de suponer, le quedaba estrecha y corta, pues nadie por los alrededores tenía su corpulencia y no abundaban muchos que tuviesen tal prenda de vestir. La camisa y la corbata, se las prestó el abuelo y arregló un sombrero de yarey, para que más o menos pareciese uno de vestir. Así el decidido jamaicano, se presentó de “cuello y corbata” a la taquilla de venta de boletos de la estación ferroviaria, para adquirir el pasaje a la ciudad de Camagüey, que quedaba como a dos horas de camino. El abuelo, a quien le gustaba el género, lo acompañó, pero “Negro chiquito”, quería darse el gusto de comprar su pasaje, ya que nunca lo había hecho. Le dijo a la dependienta “Un ticket de fuiti y vinite”. La expendedora, no comprendía una palabra. Repitió varias veces, pero nada y ya molesto dijo ¿tu no tá saber yo ir canto grande? Tuvo el abuelo que interceder y explicar lo que quería decir “fuiti y vinite, o sea de “ida y regreso”, ¡Más nunca! De no haber sido por la aclaración, ya el tren se le hubiese ido al grandullón.

Llegaron a su destino, unas horas antes del comienzo de la función. El abuelo fue a visitar a la familia que allí tenía y nuestro amigo, se quedó merodeando por los alrededores del Teatro, observando en los portales del mismo, los cartelones, que anunciaban la obra que se iba a poner en escena. Se trataba de la ópera Aída, de Giuseppe Verdi, el gran compositor italiano del siglo XIX, donde como se sabe la protagonista que le da el nombre a la obra, es de la raza negra, por ser oriunda de Etiopía y en escena aparecen además grupos de personas de esa raza, que son prisioneros de los egipcios, Todas estas imágenes, estaban en los cartelones, lo que le entusiasmó mucho. Lo primero que hizo al llegar mi abuelo, fue decirle “Mi tá pensá que negro no canta grande”, a lo que el abuelo con lógica le respondió que si bien era cierto que en esa época, ese género no era usual que fuese cantado por personas de piel oscura, ya que los que vio en los anuncios, tenían la cara pintada posiblemente con un corcho quemado, no veía la razón de que los negros no pudiesen cantar ópera, pues eran seres humanos iguales, con las mismas posibilidades anatómicas e intelectuales. ¡Que gran razón tenía, pues en la actualidad, se conocen grandes cantantes de ópera, negros, sobre todo mujeres, que han sido verdaderas Divas! Caminaron alrededor del teatro y cuando pasaban por la parte posterior, que es por donde entran los artistas, la puerta estaba medio abierta, lo que permitió escuchar a uno de los cantantes, “vocalizando”. ¡Para que fue aquello!, se quedó estático y embelesado ante ese inusitado sonido, que no podía pensar que proviniese de un ser humano. ¡Oyee!, le gritó el abuelo, sacudiéndolo por la manga del raído saco, “apúrate y déjate de comer tanta bola, que ahorita cierran la taquilla y no podemos entrar”. “Mi tá dá lo mimo”, dijo el jamaicano, “coño, pero a mi no” dijo el abuelo, prácticamente arrastrándolo. Pasaron y se acomodaron en una luneta de la décima

fila, bastante cerca del escenario. Ya sentados, el abuelo le dijo a su acompañante que se quitara el sombrero, a lo que se negaba, diciendo “tá refriá mollera”, “Qué mollera, ni que mollera, ¡quítate el sombrero!” y se lo arrancó de un tirón. Comenzó la función que decursó sin grandes glorias, pero la música y el canto estuvieron aceptables. A pesar de que la obra es larga, “Negro chiquito”, no se movió de la butaca, ni siquiera en los intermedios, pues tenía el infundado temor de perder el asiento, a pesar de que el abuelo se lo garantizaba. Estaba extasiado ante tal espectáculo y ante tal sonido.

Terminó la función y comenzó la odisea del viaje de regreso, esperando la oportunidad de un tren que pasase en la dirección deseada, para lo que se desplazaron a la estación, desierta a esa hora. Mientras esperaban, el grandullón, comenzó a tararear algo, que no sorprendió al abuelo, pues se pasaba la vida cantando. El jamaicano continuó cada vez con más intensidad y ya se podían identificar acordes del cuarto acto de Aída, cuando han sepultado a Radamés y los sacerdotes entonan cantos fúnebres. El abuelo, que estaba medio dormido, se despertó, escuchando, pero no daba crédito a lo que oía, por la afinación y fidelidad de la melodía. “Pero... ¿cómo es posible que recuerde y reproduzca tales difíciles acordes, si nunca antes los había escuchado?” Le hizo seña para que siguiese, hasta que en un momento dado atacó la frase del Gran Sacerdote, para lo que se necesita tener una voz verdaderamente de bajo profundo: “Radamés, Ra-da-més”. Aquello sonó en la solitaria estación, que parecía estar tronando. La ventanilla de la venta de boletos, que estaba cerrada, se abrió de momento, por donde asomó la cabeza el somnoliento empleado, quien pensó que el tren la había pasado por encima y de la vegetación vecina, salió corriendo una pareja a medio vestir al parecer por pensar que habían sido descubiertos y que les gritaban con un megáfono, que no se sabe que hacían pero se sospecha, Después se supo que el hombre de la pareja por esas casualidades se llamaba Radamés. El abuelo no salía de su asombro y se preguntaba cómo “Negro chiquito” había identificado su propia voz con la de la cuerda de bajo. El silencio después era profundo y creo que el propio emisor de tal sonido estaba perplejo. El abuelo, entusiasmado le dijo “Oiga, no joda compay, usted tiene más voz que todos esos que acabamos de ver” Y era verdad.

Ya en la finca, eran mañana, tarde y noche, las vocalizaciones, que se podían escuchar desde mucha distancia. Era en realidad una magnífica voz, con sentido de la colocación y afinación. Pero en ese tiempo, a nadie le importaba y es seguro que “Negro chiquito”, de haber sido en la actualidad, donde existen posibilidades de desarrollo para todo el que tenga habilidades, hubiese sido un afamado cantante lírico.

Un día decidieron entre los vecinos, con motivo de una celebración patria, hacer un concierto, donde los aficionados con habilidades, cantaran lo que tuviesen preparado y lo pusieron en la lista. A él se le había ocurrido cantar un aria de bajo, no muy conocida, pero era la que se había podido aprender “Vecchia Zimarra”, de la ópera La Bohème de Giacomo Puccini. Fue un problema, pues la pianista no la sabía y no había partitura, por lo que tenía que cantar a “capella”. El concierto se estaba desarrollando adecuadamente y el último aficionado era nuestro héroe. Cuando le tocó su turno, se subió al improvisado escenario que había sido hecho por los vecinos con tablas y palos recogidos por los alrededores. Saludó al público allí reunido y cuando se disponía a comenzar, el tinglado cedió ante el sobrepeso y el jamaicano se hundió entre las tablas rotas por donde desapareció. Todos gritaban y se alarmaron por el desastre, cuando una impresionante voz

de bajo se escuchó, entonando al aria de Puccini, Todos quedaron en su lugar, en silencio, hasta que terminó y se originó entonces una ovación. ¡Que voz y que interpretación!, comentaban todos. El abuelo rápidamente acudió entonces para ayudar a “Negro chiquito” y se lo encontró sentado rodeado de tablas, pero con la peculiaridad de que se sentía un fuerte olor a heces fecales. El abuelo se dio cuenta de lo que había pasado y le dijo “no es para menos que te haya pasado eso con el susto que llevaste”, a lo que “Negro chiquito” contestó”. “Eto no tá pasá con derrumbe. Eto tá pasá ante po miedo cénico”

EL RODEO

Todos los años se celebraba en el pueblo, una gran fiesta, con demostraciones de habilidades de uso diario en el manejo del ganado, así como exposiciones de bellos ejemplares tanto de reses, como ganado equino. Esas celebraciones, se recuerdan como algo especial, pues se pasaban los 11 meses que existían entre uno y otro rodeo, que así se llamaba esa gran fiesta, preparando todo lo concerniente a las actividades que se desarrollarían. No se sabe si esta costumbre respondía a la influencia que en nuestro País tenía el oeste norteamericano, donde se realizaban celebraciones como ésta o si por el contrario eran fiestas autóctonas. Lamentablemente pienso que era motivado por lo primero, el origen de esas celebraciones. Se montaban potros cerreros, se lazaban reses, a las que había que maniar en un mínimo de tiempo y en fin era todo un espectáculo, que comenzaba y finalizaba con el desfile de las Amazonas, que eran muchachas de la zona, bellamente ataviadas, montadas a caballo, en bestias, engalanadas con cintas de colores entrelazadas en las crines y la cola. Los potros, eran entrenados de suerte que exhibiesen distintos pasos de guatrapeo, de lado, trote y marcha. Era en verdad algo digno de observar, de gran colorido y reconfortante. Siempre se elegía “La Reina del Rodeo”, para lo que un jurado votaba por la Amazona que más se destacase y que mejor estampa mostrase. En esa ocasión, ya Ana se disponía a participar, para lo que había estado entrenando el potro Conserva, que le había regalado “Negro chiquito”, cuando el incidente del circo La Rosa. Tenía grandes esperanzas y el jamaicano, que la quería como a una hija, le decía “*Tú niña Negra, gana concurso*” Él se había echado encima la responsabilidad de los desfiles de inicio y final, para lo que había preparado un caballo de color negro, bellísimo, sobre el que saldría abriendo el desfile y mostrando muchas habilidades que había enseñado al noble animal.

Sonaron las fanfarrias y se inició el desfile inaugural con “Negro chiquito” en su corcel de color negro brillante. Él llevaba una camisa a cuadros, pantalón con guarderas de cuero y un sombrero “panza de burro” con pretensiones de Stenson. En esta ocasión, el “director del desfile”, se limitó sólo a dar la vuelta al ruedo, sin hacer filigranas, a fin de reservar todo para el final y siempre trató de colocar a “niña Negra” en una posición ventajosa que la favoreciera en la elección. El público aplaudió discretamente pues esperaban algo más y “Negro chiquito”, les gritó que no desearan, pues lo bueno venía al final.

Comenzaron las actividades. “El Tingle”, salió montando un potro sin domar y a los dos corcoveos, cayó al suelo en forma aparatosa. “El burruchago”, salió montando una jaca amarilla para lazar un becerro y maniarlo, lo que hizo en menos de cuatro minutos. Una verdadera proeza, de la que eran y aún son capaces, nuestros campesinos ganaderos, sobre todo de esa zona camagüeyana. La fiesta del rodeo, estaba en su apogeo. Las personas que a veces venían de otras provincias y hasta de La Habana, disfrutaban, paseaban, admiraban las exhibiciones de preciosos toros y caballos sementales, caballos árabes, que provenían de crías muy sofisticadas y en fin todo tipo de entretenimiento. ¡Lástima que todos esos ejemplares pertenecían a gente acaudalada, que lo único que hacían era poner el dinero para comprarlos, pues la cría y desarrollo, correspondía a los campesinos ganaderos, que tenían que “batir mucho el cobre”, para lograrlos y a veces hasta pasar madrugadas en los partos de bestias tan valiosas, que mal está decirlo, pero casi, valían más que muchas personas que no disponían ni de la mitad de los recursos que se gastaban en cada animal! Pero, bueno, así

era en esa época y que se iba a hacer, como no fuese todo lo que afortunadamente llegó el 1ro de enero del 1959. Claro que no todo era malo, pues se debe destacar, que sólo pocas personas, ingerían bebidas alcohólicas en estas fiestas y nunca hubo que lamentar altercados desagradables.

Mientras tanto, “Negro chiquito”, que era extremadamente responsable, se ocupaba de cada detalle, para que el desfile final, quedase con la lucidez por todos esperada. Ya había ubicado a las amazonas, cada cual en su sitio, sobre sus respectivos caballos y por supuesto a Ana la había colocado a la cabeza, haciendo la advertencia a todas, de que cuando él saliese en su potro azabache, todas fuesen detrás de él, ordenadamente. Para poder hacer las cosas de forma cronometrada y no perder tiempo, había situado su caballo en una de las barreras, para dar los últimos toques a la “tropa”, salir entonces corriendo a la barrera y saltar sobre la bestia, para salir en punta, trotando. Llegó el momento del desfile final, dio las últimas órdenes, corrió sobre la barrera, saltó y cayó sobre el animal... ¡Pero....se equivocó de barrera y donde cayó, fue sobre un torete salvaje, no amaestrado, que esperaba monta!. Se abrió súbitamente la portezuela y allí salió como un bólido “Negro chiquito”, sobre el torete, que corcovaba a más no poder, pero no caía. La “tropa” de las amazonas, sin saber que hacer, siguieron tras el acto circense que ocurría en ese momento, pero por supuesto en forma desorganizada, mientras “Negro chiquito”, sin poder descender de la bestia enfurecida, gritaba: “*¡Atrá, back, carajo. Sooooo!*”. El torete, acertó a penetrar por uno de los burladeros y se armó “el desparrame”, pues todo el que estaba se apartó, saltando cercas y corriendo, pero “Negro chiquito”, seguía montado y allá penetró también. Se oyeron ruidos, improprios y después la calma. Todos pensaron que el torete había liquidado al jamaicano, cuando por el pasillo, se vio venir al torete, al paso, con “Negro chiquito” montado. La gente no lo podía creer y rompió en aplausos. El abuelo, quien era uno de los jueces, le dijo al mastodonte “Oiga, yo creo que usted es más animal que el torete” y le dio un abrazo. Por supuesto que en ese rodeo, no hubo “Reina”, pues todo fue un desastre.

LOS PERROS AZULES

Esta historia, como el resto, son el producto de nuestra imaginación, pero según Ana hubo una ocasión en que por percance, a los perros de la finca les cayó encima una lata de pintura encima que les daba el aspecto de “puerco espín” e imaginamos todo como sigue: “¡Levántate. Levántate!”, me decía mi abuela sacudiéndome, pues la modorra era tan grande, que si me dejaban, creo que a estas horas todavía estaría enredada en las sábanas. ¡ñoóo, que rico era estar acurrucada, y bien tapada, sobre todo en las frías mañanas de invierno! Yo me pregunto si mis pre-históricos antecesores animales serían marsopas u osos en periodo de hibernación, pues cuando caía horizontal, ni mosquitos zumbando la oreja, ni dando lerna, impedían que antes de los cinco minutos hubiese caído en los brazos de Morfeo, que además parece que por ser hombre y ya desde pequeña tener bien definido el sexo, me venía de perillas. “¡Levántate muchachita!” Repetía tirando al mismo tiempo de la sábana que me cubría, a lo que yo me trataba de rebelar, pero ni modo, con los ojos lagañosos, que me restregaba con el dorso de la mano, suplicaba a mi abuela, que me dejase un ratito más. “Vamos, déjate de esa vaina, que se hace tarde. Recuerda que hoy es domingo y vamos a la iglesia, a la misa”. Allá iba la niña... Ponte el vestido, las medias y los zapatos de fiesta, que eran los que había que llevar al templo de Dios. Todas las personas del lugar, asistían a los oficios religiosos que eran católicos, excepto un grupo de trabajadores de la finca nuestra y de otras vecinas, entre los que se encontraba “Negro chiquito”. Éstos también se reunían los domingos en la mañana, pues tenían sus creencias propias y al igual que en el templo católico, allí también se realizaban oficios religiosos. Camino de la iglesia, lo que hacíamos en el Willy de la casa, pasábamos por delante del lugar o templo donde también se rendía tributo a Dios, pero de otra religión. Esto causaba extrañeza a mi tierna mente, pues no comprendía la razón de que todos, negros, blancos, chinos o mestizos, no tuviesen una misma religión y un mismo Dios, si era cierto que éste guiaba todas las almas. ¡Para qué hacían falta tantos Dioses, si uno, pensaba yo, debía ser más que suficiente!, o ¿sería que no había ninguno y todo era la imaginación de los hombres que desde tiempos remotos debían recurrir a este apoyo, para buscar la explicación de hechos desconocidos? Quizás por eso había tantos, pues cada cual había buscado el suyo. Esta idea siempre estuvo presente en mi mente y ya mayorcita, comencé a pensar, si otra razón podía existir de que cada cual tuviese su Dios. Podía ser también, pensaba, la facilidad que sin dudas aportaba, a fin de conducir poblaciones y llevarlas al camino deseado. Pero, en fin yo era católica, pues eso me habían enseñado mis mayores y lo respetaba.

“La perra”, le decían a un antiguo “Fotingo” que pertenecía a Leoncio “el atleta”, quien tenía unas espaldas anchas y era un vecino cercano a nuestra finca. Este cacharro, que no se dejaba vencer por el tiempo, caminaba mejor, que lo que guatrapeaba la yegua Juana de Julio el cojo y tenía más fuerza que Perico el burro del jamaicano. Sin embargo, la carrocería la tenía ya hecha un desastre, de tantos años al sol, de los brochazos de pintura dados para tapar abolladuras, de las pedradas de los “fiñes” y de los rayones dados por su dueño, que sólo por eso se hubiese hecho rico vendiendo los paraguas de tantas “paragüerías”. Consiguieron unas latas de pintura barata, para “pasarle la mano a la perra” y le encargaron a “Negro chiquito, que trasladara las latas desde la tienda del pueblo a la finca, lo que hizo en el carretón que era tirado por el notorio burro. En el trayecto, el jamaicano, que era curioso y no las pensaba, quiso saber el color que le darían al añejo

carro, para lo que con el machete de monte que siempre llevaba a la cintura, forzó la tapa de presión de uno de los recipientes, hasta que cedió. La levantó y pudo observar su reluciente azul, para entonces presionar de nuevo la tapa y cerrar, lo que no logró en forma adecuada. Llegó a un especie de cobertor, que servía de garaje, desván y muchas cosas más. Metió el carretón, desató los arneses del burro, quien quedó en libertad, le dio de comer hierba de una paca colgada de la pared, tomó las latas y las colocó en un entrepaño, que no estaba a mucha altura. Debajo habían quedado los 4 perros criollos que se ocupaban de arrear las vacas, esperando que le trajesen la comida pues a esa hora, las seis de la tarde, siempre aparecía. Salió y se dirigió a la casona. Poco después, una avispa que al parecer estaba en la paca de hierba que pastaba el burro, voló alrededor, lo que era observado con detenimiento por los animales, para finalmente, al parecer molesta por haber sido importunada por los dientes de Perico el burro, se lanzó sobre las ancas de éste y le clavó con saña y fuerza el agujijón, más de una vez, a lo que el lesionado animal reaccionó dando patadas a diestra y siniestra. Cayó el entrepaño, cayeron las latas y la que había sido abierta y violentada, vertió su celeste contenido, esparciéndolo sobre todo lo que allí existía, incluyendo los perros, que no sabían donde meterse, hasta salir a toda velocidad por la puerta, donde se enredaron en unas sábanas blancas que estaban tendidas a la entrada.

Ana solía conversar mucho con “Negro chiquito”, quien con su español “chapurreado”, relataba historias, algunas verdaderas, otras de ficción, que se habían arrastrado de generación en generación y otras producto de su invención, o las leía pero todas sanas con una enseñanza útil para la vida. Ese día estaban sentados en el portal de la casona, un grupo de niños del entorno, “inventando juegos” y de cuanto hay, en lucha a brazo partido con el aburrimiento, pues el desarrollo de las mentes iba más rápido que el de la tecnología mundial y todavía la televisión, las reproductoras de CD, los MP3 y otras muchas más cosas actuales, no habían llegado. ¡Cuántas ideas geniales y pensamientos valiosos se habrán gestado en esas mentes infantiles, mientras se mataba el tiempo! Llegó el cuentista, como “anillo al dedo”, pues con él vieron llegar “la película del sábado”. Todos, de inmediato lo rodearon para escuchar uno de sus famosos y a veces repetitivos relatos. A Ana que le daba vueltas el problema de la iglesia, se le ocurrió preguntarle si el Cielo y el Infierno de su religión eran iguales a los nuestros. Se quedó pensando y al cabo del rato, le dijo: *“Yo no tá saber como ser tu heaven o tu hell, pero yo va you decir como ser mio”* Comenzó por el Cielo y lo primero que dijo fue que en ese cielo, todas las personas eran del mismo color de piel, que era incoloro, que no existía el dinero, pues a nadie le hacía falta. Que siempre era de día, con sol radiante, pero que no quemaba. Que no hacía falta dormir y que todo el tiempo era para disfrutar. Que todo olía a perfume de rosas y que no había mosquitos. No hacía falta abanicarse con “pencas”, pues nunca hacía calor ni tampoco había frío. Refería, como parece que es para todos los cielos, que para entrar había que haber sido bueno y haber sido obediente, porque de lo contrario, se iba a parar al infierno, como parece ser en todos los infiernos. Ya la luz del astro rey se escondía y todo era penumbra, cuando comenzó a describir el infierno, para lo que envolvió la conversación y la trama en un ambiente de misterio y truculencia. Los muchachos escuchaban atentos. Les dijo que en ese terrible y lúgubre lugar todos los que lo habitaban eran criaturas monstruosas, que habían adoptado esas figuras por su mal comportamiento en la vida terrenal. El ambiente que había ido creando, mantenía a todos con los pelos erizados y lo observaban con la boca abierta, temblando de pies a cabeza. La entrada a ese tétrico lugar, proseguía diciendo, era una gran boca que correspondía a las fauces de un gran dragón y

que permanecía abierta, chorreando la sangre de sus víctimas. El grupo estaba frente a “Negro chiquito”, en el portal de la casona, de forma que éste último se encontraba de espaldas al cobertor, Continuó el relato, para agregar que esta impresionante entrada, estaba custodiada por cuatro perros cubiertos por sendas capas blancas y para contrastar con el rojo del dragón, su color era, azul celeste.. De pronto en medio del escalofriante relato, uno de los fiñes, apuntando hacia el cobertor, gritó: ¡”Ñooo, pa su madre, allí vienen, paticas pá que te quiero!. Todos miraron en esa dirección y pudieron ver cuatro perros azules, envueltos en sábanas blancas que corrían despavoridos en esa dirección. La que se armó fue la de San Quintín, pues todos echaron a correr, gritando y desbaratando todo lo que se les ponía a su paso. Un sillón desarmado, la sobrepuerta de tela metálica de la puerta principal arrancada, flores y plantas ornamentales del portal y la vereda, arrancadas de cuajo y con la gritería, la bisabuela, que se encontraba en esos momentos recogiendo unos trastos de la cocina que se habían caído al piso, se asustó tanto, que le dio un “retortijón de tripas” tal que no pudo aguantar y el chisguete corrió por todas las piernas hasta el piso. ¡Foo! Gritaban las gentes al pasar. El abuelo, que estaba por dar lumbre a un tabaco, que sostenía en la boca, fue empujado por la turba al pasar en la desenfrenada carrera, dando de frente a la pared, de suerte que cuando se separó, el habano estaba “desfondigado”. Los perros cruzaron por encima del jamaicano y siguieron para dentro de la casa, dejando un rastro azul por donde quiera que pasaban e incluso le plantaron las patas azules al fino vestido blanco que la abuela se había acabado de estrenar para salir a una visita en los alrededores. ¡El desastre! Y cuando todo se calmó, los perros parecían más bien puerco espín, con los pelos tiesos y erizados por la pintura. ¿Quién creen ustedes que tuvo que limpiar, arreglar todo el desorden y bañar los perros?.

Se equivocaron, pues “Negro chiquito”, se llevó tal susto, que pensó que era cierto lo que contaba del infierno, sobre todo cuando vio los perros azules y también dijo: *¡Ñoo, pa su madre, ta chando!* A los dos días, todavía lo estaban esperando

EL BESO

¡Jijay, jijay, jijay! Salió la perra pinta que parecía una exhalación, del interior de la covacha de “Negro chiquito” y éste detrás, con una cuarta en la mano, profiriendo improperios al pobre animal.

María Fernanda, era una preciosa muchacha, de unos 20 años, de tez sepia, tersa piel, ojos almendrados y una boca sensual de gruesos y pulposos labios. Su andar era suave con rítmica ondulación de las caderas que acentuaba aún más su escultural anatomía. Vivía en la finca vecina a la nuestra y diariamente cruzaba a través de nuestras tierras, a fin de dirigirse al pueblo, donde estudiaba algo relacionado con las labores propias de secretaria, ya que la muchacha soñaba con abrirse paso e insertarse en la vida del pueblo. La triste historia de la vida de nuestros campos en esa época, hacía que muchas jóvenes como María Fernanda, forjaran sueños que dejasen atrás la dura vida del campesino cubano de esos tiempos. En otros casos el destino deparaba a jóvenes agraciadas, otra vida llena de vergüenza e ignominia. La bella cubanita, vestida con sencillez, pero limpia y con muy buen gusto caminaba lentamente cubriéndose del ardiente sol con una sombrilla de colores algo gastados por el uso, con uno de sus bordes hundido, al parecer por faltar el tensor de metal correspondiente. Pero aún así, el conjunto era en extremo llamativo, haciendo volver la cabeza de cuanto muchacho de los alrededores, se diera cruce.

“Negro chiquito”, que en esa fecha era un mozalbete, de una corpulencia impresionante, sentía una gran devoción por la bella muchacha, a quien veía pasar diariamente, en silencio, sin ni siquiera proferir un saludo. Se quedaba absorto observando, hasta verla perderse en la curva del camino. Igualmente a la hora en que se suponía que ella regresaba del pueblo, se apostaba en una de las cercas de piedra, que bordean la vereda en forma de dar la apariencia de estar allí por casualidad. De nuevo la veía pasar y su mente seguía soñando hasta llegar la noche en que al ir a la cama, le dedicaba su último pensamiento del día. Constantemente llegaba a su mente aquel rostro de ensueño. La imaginaba charlando con él, extasiándose en su mirada y sentía su palabra, acariciando suavemente sus oídos. Pero, campesino al fin de esos tiempos, era extremadamente penoso y nunca se atrevió a insinuar nada, ni dirigirle la palabra.

En una ocasión, “Negro chiquito”, tuvo necesidad de ir al pueblo, para algún encargo dado por la abuela, por lo que penetró en la tienda, que era un amplio local que servía de propósitos múltiples, pues allí se vendía mercancía de todo tipo y a la vez, fungía como bar o cantina. Al penetrar en el local, pudo observar con agrado, que allí se encontraba María Fernanda, quien compraba algo, pero también pudo percatarse, que sentados en una de las mesas, se hallaban tres individuos forasteros, de mala catadura, quienes al parecer habían llegado al pueblo hacía poco tiempo. Ya a esa hora de la mañana, que eran como las 10, estos individuos estaban tomando bebidas y se veía que ya les había hecho efecto. Miraban con insistencia a la bella muchacha y comenzaron a decirle supuestas lisonjas, alguna de ellas bastante groseras. Nadie intervenía, por temor a buscarse algún problema con estos maleantes, que a todas luces se veían “bravucones”. “Negro chiquito”, comenzó a mirarlos y éstos, lo increparon diciéndole en forma despectiva” ¿Qué pasa negro, se te ha perdido algo, o quieres buscarle los cuatro pies al gato?” Nada dijo y salió de la tienda. María

Fernanda, se retiró también y casi de inmediato, salieron los tres, en igual dirección que la muchacha.

Marchaba tranquila hacia su casa cuando en un recodo del camino, María Fernanda, tropezó con los tres delincuentes de la cantina, quienes le bloqueaban el camino y avanzaron hacia ella, rodeándola en forma amenazadora. La muchacha, les suplicó que la dejaran pasar, pero los maleantes le dijeron. “Mira belleza, lo único que queremos es que seas cariñosa con nosotros” y acto seguido la tomaron por los brazos, cuando de momento se escuchó una poderosa voz, que les dijo en tono firme. “Les pido por favor, que dejen a la muchacha”. Los individuos se tornaron y observaron a “Negro chiquito” a sus espaldas, por lo que soltaron a María Fernanda y arremetieron contra él, que estaba desarmado. Uno de ellos le lanzó un puñetazo, habiendo sido atrapado el puño por una de las manos de “Negro chiquito”, quien hizo presión. Se escuchó el sonido característico de huesos que se fragmentan y un terrible alarido por parte del agresor, quien cayó al piso desmayado. Otro de ellos, extrajo un enorme cuchillo y le lanzó a nuestro amigo un golpe, que fue detenido por éste, a mitad de camino, cuando lo tomó por el brazo, para dándole una vuelta de campana, hacer volar por los aires al malhechor, quien fue a caer como a dos metros de distancia con el miembro fracturado y gritando de dolor. Quedaba sólo uno, quien con los ojos muy abiertos había observado todo que había ocurrido sólo en breves minutos y se dispuso a salir huyendo, pero no tuvo tiempo, pues fue asido por el cuello y cual muñeco de trapo, lanzado con fuerza al piso. ¿Tá querer má?, preguntó “Negro chiquito” a los malhechores, quienes se fueron aporreados y maltrechos “como el perro que tumbó la olla”.

María Fernanda, no salía de su asombro y observaba con admiración a nuestro grandullón. Se acercó a él, le dio las gracias y le estampó un sonoro beso en la mejilla. “Negro chiquito”, quien se había liado a golpes con tres “bravucones”, que no lograron impresionarlo en nada, se sintió en ese momento desfallecer, al punto que las piernas se le doblaron y tuvo necesidad de sentarse en una piedra del camino. Acompañó ese día a la bella muchacha hasta su casa y conversó con ella. A partir de aquí, la saludaba cada día a su paso para el pueblo y se sentía tranquilo, pues la noticia del descalabro de los delincuentes, quienes se perdieron del pueblo, ya se conocía y se sabía que la muchacha estaba bien protegida.

Ya hacía algún tiempo que habían ocurrido los hechos y un día, de momento, se vio sentado junto a María Fernanda. Se sorprendió agradablemente a sí mismo conversando fluidamente con la bella cubanita. Le tomó de las manos, se las acarició y le parecía estar en un paraíso terrenal. Se acercó a su rostro y sintió los carnosos labios que se unieron a los suyos. ¡Era su más preciado anhelo! Pero... ¡despertó! Frente a su cara estaba la perra pinta quien le pasaba la lengua por los labios. Tomó la cuarta, le arreó dos cuartazos y salió detrás de ella vociferando “¡Perra desgraciá, tu tá rompe sueño pá myself!”

ESTOMATOLOGÍA

“¿Qué le pasa a “Negro chiquito”, que lo veo “apurruñado?”, se preguntaban todos. “Hace días que lo veo extraño, no quiere hablar, ya no canta y hasta me parece que ni come, pues noto que ha perdido de peso.” En efecto el grandullón jamaicano daba la impresión de sentirse extremadamente mal. Él, que siempre estaba de buen carácter, estaba huraño y de mal genio. Por cualquier cosa, le “arreaba” un cuartazo al burro Perico y daba la impresión de que el pobre animal se preguntaba qué le sucedía a su amo, pues cuando esas cosas absurdas sucedían, lo miraba con ojos que parecían de persona. La abuela, que siempre sabía lo que le ocurría a ese pedazo de pan con ojos, pues muy bien que lo conocía, ya que ambos se habían criado juntos, dijo: “es que tiene algún dolor y eso sólo puede ser un dolor de muelas, porque ese mastodonte, es más fuerte y saludable que un toro”. Acto seguido, partió hacia él y en inglés, que era el lenguaje que frecuentemente usaban entre ellos dos, le preguntó “What’s a matter with you. Do you have any pain?” (¿Qué te pasa. Tienes algún dolor?). “Negro chiquito” la miró con cierta expresión de angustia y movió la cabeza, asintiendo, al mismo tiempo que se llevaba la mano a la mandíbula inferior, que ya se observaba algo abultada en su lado izquierdo. La abuela, le dijo que eso tenía que ser resuelto, pues con las hojas de plantas medicinales y otras cosas que se usaban en esa época y en ese lugar alejado del pueblo, no se iba a resolver. Fue a buscar al abuelo para plantearle que había que buscar un “dentista”, para que le extrajese la pieza en malas condiciones, pero las fatalidades, nunca vienen solas. El Willys, estaba roto y “la perra” de Leoncio “el atleta”, no se encontraba en la finca, pues habían ido con ella a Camagüey. ¿Qué hacer? El abuelo, se acercó a “Negro chiquito”, para examinarlo, aunque no era ni “dentista”, ni nada parecido, pero al menos tenía más instrucción que el resto. Lo examinó con detenimiento y le dijo “Lo más que puedo hacer es tratar de sacarla con un alicate” Así tranquilamente y sin anestesia. ¡Verdad que los campesinos tenían que pasar cada cosa, que hoy nos parecen exageraciones, pero esa era la triste realidad! ¡Menos mal que llegó el Triunfo de la Revolución, que barrió con toda esa barbarie! ¡Qué diferencia con los tiempos actuales, en que la accesibilidad a los servicios de salud es del 100%, para toda la población!

La idea del alicate, fue desechada, en parte porque el propio abuelo no se sentía muy capaz y en parte, porque cuando se mencionó la palabra “Alicate”, “Negro chiquito” se puso “cenizo”. Entonces se les ocurrió un antiguo método, que era anudar una cuerda fina, pero resistente a la pieza lesionada y atar el extremo al picaporte de una puerta, de forma que cuando se abriese la misma con fuerza, tirase de la muela y la sacara. Así se hizo y “Negro chiquito”, que para esas cosas era bastante cobarde, quiso escoger la puerta y esperar a que alguien tuviese necesidad de entrar, para no enterarse del terrible momento. Ya todo estaba preparado y “Negro chiquito”, se sentó en un taburete, en el centro de la habitación a la que daba acceso la famosa puerta. De momento, se sintió acercarse alguien y el jamaicano ya tenía la convicción de que había llegado la hora, por lo que cerró los ojos y esperó, como el condenado a fusilamiento que espera el disparo. De pronto, se abrió la puerta con fuerza...y ...nada pasó! “Negro chiquito”, abrió los ojos y pudo observar con decepción, que la muela seguía atada a la cuerda. No contó con que ¡se abría hacia dentro! ¡Qué contrariedad, ahora había que comenzar de nuevo y por supuesto, escoger otra puerta, que abriese hacia fuera!

Apareció lo buscado y se hizo todo el procedimiento de nuevo, anudando el extremo de la cuerda al picaporte. “Negro chiquito”, se sentó de nuevo en el taburete a esperar. Al poco rato, se sintieron pasos que se dirigían en esa dirección y de nuevo, cerró los ojos. ¡Un tirón, se abrió y en vez de saltar por los aires la dichosa muela, lo que saltó por los aires, fue el picaporte, que se desarmó por completo. El jamaicano, con los ojos muy abiertos, observaba todo aquello y yo creo que ya ni la muela le dolía, pero había que sacarla, por lo que la bisabuela, ni corta ni perezosa, dijo “¡Está bueno ya coño. Ahora tu vas a ver!”. Fue a buscar al burro Perico y le ató la cuerda a los arneses de tiro. “Negro chiquito” le dijo “*Eso no tá funciona. Burro saber que yo tar aquí y no jala*”. “¿Qué no? Ahora tú vas a ver”, repostó la anciana y cargando una jeringuilla con bisulfuro, le disparó un chorro en la grupa de la bestia. ¡Para que fue aquello!, el burro, salió que parecía que le habían puesto un cohete en sálvese la parte, de forma tal que el “ballestazo”, haló a “Negro chiquito”, pero la muela no salía. Perico corriendo delante a todo lo que le daban sus diminutas patas y “Negro chiquito”, corriendo detrás. La bisabuela le gritaba ¡Párate animal, para que el tirón te saque la muela!, pero el grandullón no lo hacía, hasta que tropezó con una piedra y se fue de cabeza. ¡Éxito!, cuando se puso de pié, ya la muela había salido y escupía sangre. Perico, seguía corriendo, pero si no es por el “tropezón”, también “Negro chiquito”, todavía estaría corriendo.

EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO

Hemos dejado éste para el final del presente pequeño libro de relatos, por ser el más sensible y el que define con más exactitud, el excepcional material de que estaba compuesta la fibra sensitiva de nuestro héroe, “Negro chiquito”.

Corría el año de 1958, cuando en todo el País, el Pueblo libraba una batalla a muerte contra el tirano dictador Batista, quien gozaba de todos los favores que prodigaba el imperialismo yankee, a través del gobierno de Estados Unidos, sin importar las desgracias, que le propinaran a los Pueblos que oprimían. Esta batalla, en la que participaban los hombres y mujeres dignos se desarrollaba en la clandestinidad y frontalmente en las montañas, liderada por el Movimiento 26 de julio.

En Santa Cruz del Sur, igualmente se luchaba. Se vendían bonos, se preparaban cócteles Molotov y niples, que se guardaban en latas de galletitas de sal. Se recopilaban armas y se imprimían proclamas de contenido revolucionario. Además de la utilización de todo esto en la propia localidad, lo que era en extremo peligroso, por lo limitado del campo de acción, se trasladaba todo a Camagüey, para su distribución, no sólo entre los revolucionarios del 26, sino además para su ulterior traslado a La Sierra. Se usaba para estos fines, “la perra”, que era el “fotingo” de “el atleta” pues en la parte posterior, debajo del asiento y muy bien disimulado, había un doble fondo. Ya para esa época, los viajes a Camagüey, se hacían más de una vez por semana con esa carga de libertad en las entrañas. El pretexto era que llevaban viandas, hortalizas y muchas cosas más, de las que una buena parte, eran dejadas “como regalo” en el cuartel de la guardia rural, que se encontraba a la salida del pueblo. Al parecer, por estas dádivas, inexplicablemente “la perra”, nunca fue registrada. ¿Y quienes llevaban toda esa mercancía?, pues el abuelo, “el atleta” y por supuesto “Negro chiquito”, quien se sentaba invariablemente en el asiento posterior, encima de la “carga”. En Camagüey, “Negro chiquito”, además de ayudar a repartir toda la mercancía, se ocupaba de “vender bonos del 26”, lo que hacía con tal libertad y desenfado, que nunca se pudo saber, como no fue apresado.

Avanzaba el año 1958 y ya se había iniciado por parte de las fuerzas del 26 de julio, la Invasión de Occidente, con una columna, comandada por el Guerrillero heroico, el Ché Guevara y la otra por el legendario Comandante Camilo Cienfuegos. Esta última columna guerrillera, atravesaría Camagüey por el sur, hasta cruzar la carretera, para luego llevar a cabo la gloriosa toma de Yaguajay. Este paso por el sur de Camagüey, no fue fácil.

Más o menos por esa época, ocurrió, que “Negro chiquito”, no apareció en todo el contorno de la finca. No había dormido en su rancho y no se sabía de él. Lo buscaron y todos en la casa empezaron a sospechar que había sido apresado por los esbirros de Batista. Fue el abuelo al cuartel para tratar de hacer alguna averiguación, sin levantar muchas sospechas, pero fue infructuoso. En el cuartel, esos facinerosos, despectivamente y con una crueldad extrema le dijeron: “¿Preso ese negro?, que va compay, ese come mucho y es preferible “despacharlo” El abuelo se retiró y continuaron esperando. Cuando llevaban ya una semana casi lo daban por muerto, pensando que lo habían asesinado y desaparecido. Ya todos lo lloraban y la abuela y bisabuela, se lamentaban de los improperios que a veces le decían, aunque todos sabían que eran de cariño. Habían pasado semanas y de improviso, se

apareció “Negro Chiquito” en el patio de la casona. Estaba barbudo y bastante sucio, con partes de la camisa hecha jirones. La primera que lo divisó, fue la abuela. “Pero...cómo....¿tú estás vivo?” y corrió hacia él a darle un abrazo. Ya todos los de la casona, se percataron de la presencia del jamaicano y corrieron a saber lo que había sucedido. “¿Qué pasó?”, preguntaban todos. “*Na, no pasá ná. Me tá trabajá en finca cerca, por buena paga*” “¡Le zumba el mango, y aquí todos preocupados, pensando que te habían matado!”. Todo quedó así y siguió la vida su curso normal.

Llegó el glorioso día del 1ro de enero de 1959. Todos gritaban “¡Se cayó Batista. Viva el 26! Y de inmediato, se abalanzaron sobre el cuartel de la guardia rural. Allí detuvieron a los guardias que quedaban, quienes estaban todo temblorosos y acobardados. ¡Que contraste!. Tan guapetones y abusadores como eran. Y esos eran los que más limpios estaban, porque los otros, aquellos que habían dado golpes y torturado, se habían ido huyendo. Sin embargo, a la larga, todos fueron apresados, para celebrarles juicio. Y delante de las fuerzas revolucionarias, se pueden imaginar que iba nuestro héroe, quién siempre se destacó por sus ideas revolucionarias, aún siendo niño, pues la bisabuela siempre le inculcó que algún día los pobres de esta tierra serían revindicados.

A los dos días del Triunfo de la Revolución, los rebeldes, que ya habían llegado a Santa Cruz del Sur, convocaron a la población en el parque, para dar una información importante y allí, refirieron, la odisea del paso de las fuerzas del 26 por el sur de Camagüey. Contaron que en un momento estaban perdidos en ese terreno cenagoso, ya sin esperanzas, cuando se les presentó un campesino, que traía un fusil Springfield y una canana de balas que puso a disposición de la tropa, informándoles que esas armas se las había quitado a un guardia rural, al que había dejado en paños menores y lo había azorado para el pueblo. Prosiguieron el relato los rebeldes, diciendo que el campesino había sido de una ayuda salvadora, pues les sirvió de “práctico”, hasta que llegaron a terreno conocido para cruzar la carretera. Les hubo de plantear, que seguiría “alzado” junto a ellos, pero la decisión, fue que se quedase, para realizar trabajos de importancia para el Movimiento en la zona donde vivía. Éste, se encontraba ahora con ellos y por supuesto vistiendo el uniforme del Ejército Rebelde, que le pertenecía. De inmediato lo llamaron y cual no sería la sorpresa de todos, al ver aparecer a “Negro chiquito”, con su uniforme, aunque bastante apretado, por no existir talla para su corpulencia. El aplauso fue cerrado, pero fue aún mayor cuando los rebeldes que dirigían el acto, manifestaron que en ese momento le entregaban los grados de sargento del Ejército Rebelde. ¡Cuánto orgullo sentimos todos, de aquel soñador, que día a día conquistó nuestros corazones! Ahora si había una explicación para aquel alejamiento tan prolongado. ¡Una honrosa ausencia!. La Revolución la llevó siempre muy adentro y la única vez que lo vieron llorando junto a la bisabuela fue cuando dieron la triste noticia de la desaparición de Camilo Cienfuegos. Por eso es que hemos pensado que el título idóneo de este libro es: “Negro chiquito”. Recuerdos Inolvidables.